

Es evidente, sin embargo, que si Sollers dio el patinazo de considerar a Bukowski como algo más que un cuentista de suplemento dominical, es porque el producto se vende perfectamente embalado. El paquete, lleno de filigranas, guiños ("me encanta Mahler"), parentescos, etcétera, no permite observar con limpieza la robusta moral, el temperamento senequista que se oculta bajo tanta belleza de plástico y neón. Y la cándida asunción del lenguaje pornográfico de los años setenta arreba-

ta al lector con debilidades políticas y una formación cultural construida básicamente con televisión, revistas quincenales y prensa de partido.

No quiere esto decir que Bukowski sea un inútil, literariamente hablando. Por el contrario, siempre que se le adscriba a su reserva (la frontera, el "western" urbano, el macho solitario, etcétera), Bukowski resulta excelente. Sustituye con ventaja a ese estafador llamado Miller o a cualquier representante de la extensa tradición de

relato corto creado por las revistas norteamericanas. Porque Bukowski es una creación industrial y no un producto del capricho. Razón por la cual puede sustituir a Scott, pero no a Poe o a Faulkner.

En su limitada artesanía, y al igual que esos maestros japoneses que dibujan un bosque de abetos, un lago y una bandada de ocas salvajes, todo de un trazo, tras intentarlo cincuenta años seguidos, Bukowski no tiene igual. Por eso es vivamente recomendable y sólo debe evi-

tarse que lo lean los niños. Es decir, aquellos que tienen una tendencia irresistible a hacer de sus héroes un modelo para todo el mundo. Ya los estoy oyendo: "La verdad es que este Bukowski funciona..." ■ FELIX DE AZUA.

## "Medio ambiente y sociedad"

El sociólogo Juan Maestre Alfonso ha querido enmarcar la problemática que plantean los conflictos medioambientales en un contexto sociológico, es decir, en una casuística amplia, original, que permita encontrar las claves de los desequilibrios ecológicos o las disfunciones de la sociedad, evolucionada o no. Este es el propósito de **Medio ambiente y sociedad** (Ayuso, Temas Actuales), donde se ilustra, básicamente, la problemática sociológica, que crea conflictos o frustraciones ecológicas.

Por eso, la población, la explosión urbana, el cultivo de la pobreza, etcétera, acaparan en realidad la atención principal del análisis, como fenómenos que motivan. En realidad, la perspectiva ecológica es de por sí amplia y radical, no se limita nunca a marcos reducidos y siempre intenta encontrar las causas del desajuste. La ecología es una ciencia social, eminentemente política.

Pese a algún desconcierto inicial —se están sentando las bases de una nueva concepción de la sociedad—, el movimiento ecologista supone una interpretación global y puntual de los problemas del hombre y de su entorno, físico y social. La militancia, con la atención urgente a miles de problemas agobiantes que amenazan siempre porque presentan un carácter fatídico de irreversibilidad, no excluye la elaboración de alternativas más sobre bases de acción —políticas— que sobre la investigación de gabinete y erudita.

En **Medio ambiente y sociedad**, la avalancha de conceptos, definiciones e interpretaciones hacen relativamente prolja una obra que, por estar redactada sobre la base de conferencias y lecciones, presenta un matiz académico que evidencia una distancia con la praxis ecológica y ciertas insuficiencias de análisis de la realidad, eminentemente conflictiva. Se trata de un curso —o de varios— de sociología aplicada, en estilo docente y distante, a algunas expresiones de la degradación ecológica, que, desde luego, cuestiona radicalmente la sociedad que conocemos.

## ADIOS A LAS LETRAS

### MARINERO EN SIERRA

*Carlos Barral es el rayo que no cesa, a pesar de que tiene buena memoria personal, como Gerald Brennan, pero en plan germanófilo.*

*Lo que une al editor catalán con el exiliado británico que vive en Andalucía es el afán literario de sus Memorias. Lo que los desune es la vocación editora de Barral. Brennan abandonó el Reino Unido luchando un poco contra aquella marea incesante de las reuniones librerías que se desarrollaban en el barrio de Bloomsbury.*

*Carlos Barral vuelve del mar con un proyecto editorial bajo el brazo y cuando se piensa que jamás volverá a pisar los hoteles de la tierra madrileña para contratar nueva obra novelesca de los jóvenes castellanos, loneses o extremeños, aparece de nuevo bajando con parsimonia y cierto cansancio las escaleras despintadas del Boccaccio, con algún manuscrito entre las manos.*

*Ya deben pesarle los manuscritos, porque ha dejado de editar tochos tan impresionantes como los que publicó cuando comenzó en solitario la batalla editorial, despojado de la Seix primitiva.*

*Ahora acaba de publicar los cuatro primeros títulos de su colección de novela corta. Carmen Martín Gaité (Las ataduras), Juan Carlos Onetti (Los adioses), Hugo von Hofmannsthal (Andreas o los unidos) y Flodor M. Dostoiévski (Memorias del subsuelo) son los protagonistas de esta serie mínima que comienza Carlos Barral a lanzar hacia la sierra, donde sus textos se han acogido siempre con honesta pasión.*

*Lo que va a pasar ahora entre los novelistas barralianos es que van a tener que adaptarse a un nuevo espacio. Antes Barral les llevó por la senda de la novela más bien mediana, textos medidos casi a la inglesa, de acuerdo con patrones editoriales que aconsejan cansar un poco, pero no demasiado, al lector. Ahora Barral los obliga a reconsiderar el espacio y les recuerda lo de Baltasar Gracián: si lo bueno es corto, dos veces legible.*

*Puedo imaginarme ya a Félix de Azúa, a Vicente Molina, al propio Alvaro Pombo de mis sueños, recuperando de las estanterías en las que se guardan los antiguos manuscritos breves*



Carlos Barral.

*aquellos textos que habían quedado allí por falta de editor de semejantes pequeñeces.*

*Está muy bien que Carlos Barral reivindique la novela enana, en una época en la que el personal vuelve a darse cuenta de que no sólo lo negro es maravilloso. Lo pequeño es sensacional, como dice el cortijero José Ramón Lasuen.*

*Para editar los textos largos se queda Jaime Salinas, el responsable literario de Alfaguara, que en el otoño inmediato nos traerá la voz y el gesto de Henry Miller envuelto en celuloide, porque el autor de los trópicos no abandona Big Sur ni siquiera para trasladarse a la sierra de Cuenca, que es adonde Alfaguara lleva a sus adquisiciones internacionales. A las nacionales las recluye en Boccaccio, que es como el Gijón de los años cincuenta, pero en plan mucho más caro, exquisito y teatral.*

*Los viajes hacia Barcelona van a ser ahora más descansados. No hará falta esperar semanas para conocer la opinión que Carlos Barral tiene de los manuscritos que se le ofrecen para su edición. El, que como todo marinero es un lector voraz y rápido, puede dejar en una mañana listo el juicio literario que le merece cualquier nuevo engendro.*

*El marinero Barral ha dado, pues, con la fórmula de estos tres años. Muerta la novela, según declan los agoreros, él la resucita en pequeño formato. No hay peces más vivos y felices que aquellos que son enanos, bien formados y escurridizos. ■ SILVESTRE CODAC.*

La contaminación informati-  
va, entre otros apartados, es un  
capítulo muy interesante en las  
digresiones de Juan Maestre.  
No en vano los ecologistas luchan  
continuamente contra la manipulación  
de las informaciones y, sobre todo,  
de los problemas y su interpretación.  
Hacer ecología es, como saben los  
militantes, construir un entorno  
distinto, luchando contra las  
concepciones hechas y las políticas  
democráticamente impuestas. ■ PEDRO COSTA MORA-  
TA.

## "A favor de las niñas"

Mucho "igualdad de la mujer",  
pero la verdad es que no se le  
ve un detalle a los poderes  
machistas: aquí y en la Cochimbamba.  
La mujer no sólo está explotada  
en el trabajo o en la cama: desde  
pequeñita se la programa a conciencia  
para que no chiste, o chiste dentro  
de los límites permitidos. Como a  
todo hijo de vecino, pero más.  
"A favor de las niñas", de Elena  
Gianini Belotti (1), es un libro que  
va resueltamente contra este estado  
de cosas. Y no embiste desde una  
perspectiva de desmelenada emocional,  
sino a partir de actitudes y hechos  
incontrovertibles, cotidianos. Belotti  
es directora del Centro Nascimientos  
Montessori y profesora en la Escuela  
de Asistentes de la Infancia Montessori.  
Sabe, por tanto, de qué habla cuando  
pretende demostrar que los papeles  
"masculino" o "femenino" no son  
innatos, sino que derivan de una  
larga y tremenda práctica de opresión  
social, de una división urdida desde  
el poder y para la perpetuación  
del poder: es decir, la perpetuación  
de la opresión.

(1) Monte Avila Editores. Caracas.



La tesis, si nos ponemos en  
plan científicista y redichete, no  
es nueva, puesto que ya a fines  
de la década de los cuarenta  
Simone de Beauvoir venía a decirlo  
en "El segundo sexo", libro que  
ni mucho menos está tan "superado"  
como los "superotas" de turno  
aducen. Pero lo del científicista  
es una memez si tenemos en cuenta  
que lo que Belotti hace es demostrar  
con hechos probados el feo sesgo  
de la realidad. Y no se limita sólo  
a una descripción fenomenológica  
de comportamientos captados en  
la labor pedagógica: antes bien,  
se remonta a los mitos que subyacen  
ya en la espera del hijo, espera en  
la que siempre el varón es preferido  
y la hembra no está bien vista,  
ni siquiera como hipótesis: que si  
va a ser niña la madre sufre más  
en el parto, que si un niño varón  
es como un triunfo sobre Artajerjes,  
etc.

Desde que nace, la niña va de  
cráneo, y para mayor inri se le  
dora la pildora. La limpieza de la  
niña tiene un no sé qué de secreto,  
de "pudoroso", de prohibido, que  
no tiene la del niño. Los mitos  
antifemeninos van acumulándose,  
la niña va siendo castrada con  
tenacitas rosa.

La chavalería juega. Los padres  
están todos de acuerdo en que  
jugar es sano y exalta las potencialidades  
imaginativas y todo ese bla-bla-bla.  
Sin embargo, a la niña no se le  
permite, aconseja o encauza a jugar  
con los mismos juguetes o a los  
mismos juegos que a su hermano.  
Todos los "hajitos" tienen en la  
actualidad pocas posibilidades  
de mover el esqueleto y marcar  
se unas expansiones cabales, en  
núcleos urbanos como los que se  
les obliga a padecer. Y, sin movimiento,  
la curiosidad, la inteligencia se  
atrofian. Pues bien, la niña tiene  
prohibidos una serie de movimientos  
"propios de niños". Y si una niña  
transgrede la regla y se muestra  
más brutota que su hermano  
y amiguitos, entonces éstos la  
tratarán de niño, le negarán su  
identidad de niña, la ridiculizarán.  
Se ponga como se ponga, la niña  
queda frustrada. Y así va creciendo.  
Cuando lee literatura infantil,  
tampoco la cosa es paritaria. Ya se  
palpan las ganas de crear una  
literatura infantil menos insana,  
pero los frutos habrán de esperar  
en cuanto a capacidad de difundirse  
socialmente. A este respecto,  
la visión que Belotti da de las  
fábulas clásicas puede ser, en un  
sentido literario, restrictiva, pero  
resulta incontestable en cuanto  
reflejo exacto de su operatividad  
en la división sexista practicada  
por los aparatos ideológicos del  
poder: "Caperucita Roja" —dice por  
ejemplo— es

la historia de una niña en el límite  
de la insuficiencia mental, que es  
enviada por una madre irresponsable  
a atravesar bosques profundos  
infestados de lobos, para llevar a la  
abuela enferma una cesta llena de  
pasteles. Con similares presupuestos,  
su fin no sorprende del todo. Pero  
tanto atolondramiento, que jamás  
hubiese sido atribuido a un varón,  
reposa enteramente en la certidumbre  
de que se encuentra siempre en el  
lugar justo y en el momento  
requerido un cazador lleno de coraje  
y agudeza, listo para salvar del lobo  
a la abuela y a la nieta". Claro que,  
como bien anota Belotti, esto, en  
comparación con la "tele", nada.

Y el plato fuerte del libro está  
en lo que cuenta de las instituciones  
escolares, donde la discriminación  
es ya frenética: desde la practicada  
por los maestros, hasta la reproducida  
por el grupo dominado por el machismo,  
hasta el control de la creatividad  
para que no se extralimite (a los seis  
años, dice Belotti, la mayoría de las  
niñas ya no pueden crear). La cosa  
va en progresión geométrica: la  
adolescente carece de los mismos  
estímulos que el adolescente; sólo  
la estúpida sobrevivirá sin aparentes  
traumas: convertida en trauma  
viviente, pasará inadvertida, se  
habrá completado en ella la programación.

No resulta ocioso, y hoy menos  
que nunca, hacer preguntas inocentes  
como ésta de Belotti: "¿Por qué la  
niña se preocupa por cerrar la puerta  
que se golpea (2), mientras que el  
varón ni siquiera se da cuenta de  
ello?". ■ MIGUEL BAYON.

(2) La traducción resulta a menudo  
confusa y torpe; es sólo un ejemplo,  
pero, ¿qué hace la puerta golpeándose?  
¿es masoquista?

## ¿Qué es una loca?

Una loca es una especie de quimera  
o de hipogrifo, un animal mitológico  
o tal vez la expresión más o menos  
acertada de una idea: la que la loca  
tiene de sí misma y del mundo. Este  
animal absurdo puede o no tener un  
determinado comportamiento homosexual;  
lo cierto es que parecerá siempre que  
lo tiene, aunque haya locas castas,  
idílicas y aun platónicas. La loca,  
tal como se la ve pasear por nuestras  
calles al atardecer, es un fenómeno  
del siglo, y no tiene nada que ver  
con los pisaverdes, dandys y  
adamados del pasado. La loca es  
nuestra, producto de nuestra cultura  
burguesa, al igual que los muebles  
"art nouveau" y que los grandes  
almacenes.



Copi.

Después de leer "El baile de las  
locas" (1), yo no sé si Copi lo será  
o no. Tampoco supe nunca si era una  
señora sentada que dialogaba con  
patos, aunque no lo creo. El caso es  
que esta extraña novela describe los  
meandros del extraño pensamiento  
de las locas y de los maricas "borderliner",  
con un vigor y una habilidad que  
hacen muy superior a cualquier texto  
con pretensiones de seriedad y  
profundidad. Se trata, desde luego,  
de un libro escrito desde dentro,  
desde los meandros y recovecos de un  
cerebro de la última mitad del siglo  
veinte: un cerebro inundado de  
hashish y vodka con naranja, que  
oculta su racionalidad bajo una  
brillante capa de delirio, y que delira  
razonablemente mientras se escinde  
en gritos de dolor reprimidos en su  
sillón de ejecutivo. No hay nada de  
ficticio en este libro, que es sobre  
todo ficción; se trata de un largo  
viaje por el espacio interno de toda  
una cultura marginal —que no  
marginada—, que acusa con agudeza  
las contradicciones, a veces divertidí-  
simas, de nuestra despilfarradora y  
multicolonizada sociedad.

Aparte de todo esto, "El baile de  
las locas" es una novela muy divertida:  
dotado de un humor bilioso a veces,  
otras distante, como el de un hombre  
confuso que contemplase el mundo  
a través de unas gafas facetadas e  
interpretase graciosamente el calidoscopio  
resultante. Copi descompone la realidad  
del multiverso en planos de sueño y  
vigilia, de amnesias fastuosas y  
lucideces sombrías, cuyo contraste  
nos hace reír. Reímos con una risa  
amarilla, congelada, como el hombre  
que ríe en el momento de ser picado  
por una viuda negra, y que con-

(1) Anagrama.